

tintín de palabras y un dejo a cosas impalpables y etéreas que sirven para consolar de la vida a los perezosos.

Yo nada encuentro como mis montes que me cobijan, mis valles que en una mirada se acarician, los caseríos blancos, los árboles hojosos, y pensar en mañana viendo sobre el humo de las chimeneas el penacho de humo de las fábricas.

Aquí está el hombre que piensa en pasado mañana, que peregrina por la tierra recordando las glorias de sus abuelos y esperando el día en que de este suelo seco vuela a ese cielo tan puro; allí el que sin recordar glorias que no existen hace su nido y lo calienta, para que al cerrar sus ojos a la luz continúen sus hijos, sobre la tierra en que él reposa, la obra inacabable.

Estos ya pasaron, nosotros aún no hemos llegado. ¡Cuando lleguemos!... ¡Cuando lleguemos al concierto universal!

¡Qué quiere usted! Yo veo poesía en los aldeanos que meriendan y juegan al mus; en los obreros llenos de hollín, al resplandor rojo de la vena líquida, cuando sangran a un alto horno; en el ir y venir de los corredores; hasta en el indiano que, satisfecho de haber trabajado como un negro, se va al Arenal, se sienta a la sombra y *está estando*.

Usted, mi buen amigo, tiene ya trazada la carrera de su vida y puesto su fin; yo gusto mucho de la tierra, donde quisiera vivir mucho y donde se encuentran las pajitas para el nido.

Aquí daría fin a estas notas deshilvanadas si no quedara el rabo por desollar, y no creyera yo que el rabo y remate puede servir de cabeza para otro cuerpo.

Me refiero al arte. Aquí hay artistas; en las Provincias Vascongadas no digo que no los haya, pero aún no han hallado su camino. Nuestro país es pobre en arte, no sirve negarlo. Descarte usted nues-